

IRIS



NÚM. 72

BARCELONA. 22 SEPTIEMBRE 1900

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

No deja de ser particular que abundando tanto en el *Gran Certámen* las mas maravillosas manifestaciones del progreso moderno se vean preferentemente visitadas las instalaciones que, como las de las Colonias francesas, sólo pueden ofrecer muestras de atraso y de barbarie.

Más visitantes tienen, en efecto, las Colonias que no el palacio de la Electricidad ó de la Maquinaria, y es porque la mayoría van á las Exposiciones más



PABELLÓN DE LA GUAYANA FRANCESA

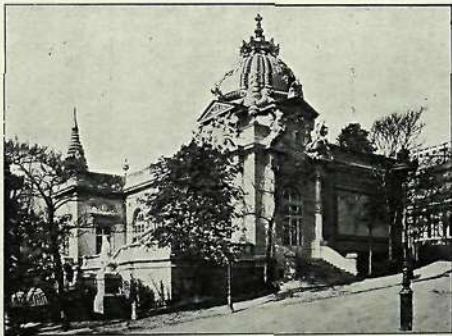
que á estadiar á echar una cana al aire, en cuyo concepto realizan plonamente el *desideratum* esos palacios y pabellones que decimos, tan pintorescos y divertidos dentro de su exotismo. Los organizadores de la Exposición, por su parte, han cuidado de colocar esas instalaciones en medio de los más atractivos cuadros, que reproducen con admirable exactitud la realidad, así por lo que mira á los usos y costumbres como por lo que atañe á la vegetación y el paisaje. El palacio del Ministerio de las Colonias no ofrece gran cosa de particular, pero en cambio es verdaderamente notable el pabellón de la Indo China, destinado á palacio de las Artes Religiosas. El de la



PALACIO-PAGODA DE LA INDO-CHINA

Guayana es bonito, pero no da idea exacta de esa colonia, que jamás llegará á valer nada, lo mismo que la Nueva Celedonia, á causa de la mala reputación que le han granjeado sus establecimientos penitenciarios; los emigrantes no quieren ir allá por no tener que mezclarse con la población penal.

Lo mejor, sin embargo, de la exposición de Indo China no es lo que se ve, sino lo que ha dejado dicho el príncipe de Cambojé, Jukanthor, que ha estado algunos días en París. Según este ilustrado indo chino Francia sigue una política colonial detestable, pues no entiende jota en lo que son los pueblos que pretende organizar, administrar y civilizar. Créese que los indo chinos son una raza inferior y sin embargo, no sólo pertenecen á la gran familia aria



PALACIO DEL MINISTERIO DE LAS COLONIAS

sino que nos preceden en civilización á nosotros (si es que nosotros, españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes somos arios, que no falta quienes lo nieguen rotadamente.)

Por donde sé que no son tontos los príncipes indo-chinos.

CARLOS MENDOZA

LA HOGAZA

(CUENTO DE ANTAÑO)

I

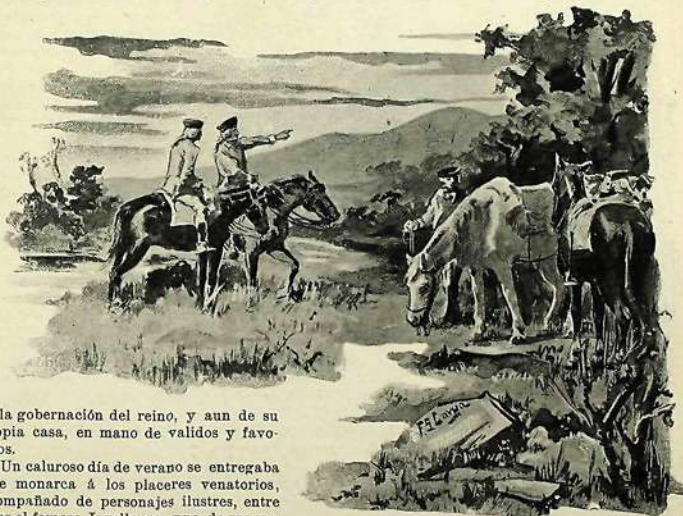
x las últimas décadas del siglo pasado, la postración de nuestra desgraciada patria llegaba muy abajo. Algo, y aun mucho, había hecho por su adelantamiento el inteligente reinado de Carlos III, en que las artes, las industrias y las ciencias comenzaron a salir del estancamiento en que yacían desde mediados del siglo décimo séptimo. Pero en el siguiente reinado de Carlos IV, los progresos no fueron muy sensibles, pues el empuje dado por el anterior soberano parecía como haber agotado las energías para toda clase de reformas, no obstante de los preclaros varones que brillaron en esta época.

La ignorancia seguía siendo muy grande; la superstición continuaba reinando en las conciencias; la pobreza era el patrimonio del pueblo embrutecido. La miseria más espantosa se extendía por todas partes, especialmente en las aldeas y los campos.

Puede decirse que se luchaba entonces no por esta ó la otra idea generosa y saludable, sino por el pan, por su conquista, por satisfacer las más primordiales necesidades de la existencia.

II

Conocida es la gran afición que el más bondadoso de los Borbones, el pacienzudo Carlos IV, tuvo siempre por la caza. Era ésta su pasión favorita, hasta el extremo de abandonar por ella los cuidados



de la gobernación del reino, y aun de su propia casa, en mano de validos y favoritos.

Un caluroso día de verano se entregaba este monarca á los placeres venatorios, acompañado de personajes ilustres, entre ellos el famoso Jovellanos, uno de sus mejores ministros por su ilustración y el envidiable nombre que supo conquistarse en la república de las letras. Atravesaban extraviados un vasto despoblado de los montes de Castilla la Vieja, y cansado el soberano de las fatigas de la jornada, dispuso descansar á la grata sombra de unos carrascales, mientras algunos heraldos se adelantaron en busca de hospedaje. Pero después de largo tiempo volvieron tristes y cabizbajos. Habían recorrido infructuosamente aquella comarca sin hallar pueblo alguno cercano.

—Señor,—dijeron humildemente á Carlos IV,—solo hay por estas cercanías una choza de pastores donde podáis albergaros.

—Pues bien—contestó bondadosamente el rey,—dormiré en esa choza. En más humildes lugares nació y vivió Nuestro Señor Jesucristo.

Escolaron los caballos, y arribaron á la choza, ya entrada la noche.

Como es de imaginar aquel rústico recinto nada tenía de suntuoso, ni siquiera el aspecto de casa. Tres tapadas hajas que servían de sostén á una techumbre de cañas y ramaje seco, constituían la forzosa morada, donde por una noche había de refugiarse el soberano de España. Era, pues, aquel sitio, albergue de pastores, la representación palpable de la más espantosa miseria.

—¡No importa!—dijo el rey viendo su modestísimo alojamiento, dibujando en su rostro una bonachona sonrisa.

Los magnates gustan á veces de estos contrastes. Carlos IV, acostumbrado á sus suntuosas salas del Palacio de Oriente, encontró un placer extraño en ser el huésped de tan humilde morada.

—¡Con tal que haya algo bueno de comer!—pensó.

Y manifestó su deseo de tomar alguna cena, por frugal que fuese.

Pusieron en movimiento todos sus cortesanos, con el natural anhelo de encontrar para su soberano un yantar que fuese todo lo más apetecible. Reunióse, en efecto, leche fresca, espumosa, caliente; castañas hermosísimas; huevos, como quien dice, recién salidos del horno. Pero, donde se tropezó con una gran dificultad fué en el pan. El pan de los pastores no era seguramente un bocado de cardenal, y mucho menos de rey. Mas, hubo necesidad de contentarse con él, á falta de otro.

Sentóse el rey á la mesa y cenó de todo lo que le pusieron con admirable apetito. Rodeábanle sus compañeros de excursión cinegética; unos de pie, otros sentados; los pastores también presenciaban la cena del soberano con profundo respeto.

Todos callaban; todos estaban cabizbajos; sobre todos los circunstantes dijérase que

pesaba una nube de tristeza.

Concluyó el rey Carlos de cenar, y dirigiéndose á uno de los pastores, le dijo afablemente:

—Amigos míos: pocas veces he comido con mejor apetito. Todo lo que me habéis puesto me ha sabido á gloria. Todo es sano, agradable, delicioso. Lo único que encuentro detestable es el pan. ¿Cómo podéis comer de estas

hogazas negras como la pez y duras como las piedras?

—¡Ah! Señor y que no falten,—respondió respetuosamente un pastor.—Todo lo que dice S. M. es cierto. El pan es malísimo; pero no alcanzan nuestros recursos para otro.

Entonces el rey dirigiéndose hacia Jovellanos, le dijo:

—Hay que hacer algo para que las hogazas de los pobres sean más blancas y tiernas.

—Estudiaré el asunto para que sea S. M. complacido,—contestó el gran hombre respetuosamente.

III

Con la llegada del nuevo día dejó el augusto soberano de España la rústica cabaña que le había albergado durante toda una noche.

Los sencillos habitantes de aquella pobre choza quedaron maravillados de su bondad, y todavía hoy asegúrase entre los viejos labradores de Castilla la Vieja que este incidente originó el magnífico informe que el ilustre ministro asturiano escribió acerca de la famosa *Ley agraria*.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



EL CLOWN

La muchedumbre no ha querido ser menos que los soberanos y magnates de otros tiempos, y tiene su bufón, que es el clown. Parece que las grandezas necesitan tener alguien que las divierta, lo mismo el rey-monarca que el pueblo-rey.

El bufón moderno y democrático no es, por supuesto, lo que era el antiguo; éste necesitaba solamente hacer reír á unos cuantos, pero el clown tiene obligación de provocar las carcajadas de millares de espectadores; precisa, pues, aguzar muchísimo más el ingenio que los Francisquillos y Triboulets, y fiar mucho más en los gestos y cabriolas que no en la lengua, tanto más en cuanto, por lo general, los clowns dicharacheros y ocurentes están, en cuanto á gracia, á la altura de los autores del género chico.

En cambio son creadores admirables de fisonomías, visajes, puntapiés, bofetadas, zapatetas y pelucas exhibarantes; el *humorismo*, tan difícil de definir en literatura, tiene su expresión plástica en el clown, con su cara de difunto y sus grotescas contorsiones, de tal manera, que se duda de si son payasos muertos ó muertos payasos. Según los temperamentos ó el estado de los humores es aquella una alegría que hace entristecer ó una tristeza que hace reír.

El clown responde indudablemente á una necesidad humana, y por lo mismo es cosmopolita. Su mismo nombre exótico es pronunciado correctamente por toda clase de gentes de diversa lengua, y en cuanto á la expresión es igualmente universal. La pantomima está al alcance de todo el mundo, lo mismo de los chinos que de los ingleses, de los negros que de los turcos, de los Pieleros rojas que de los griegos.

Sus habilidades dan la medida de lo mucho que se puede hacer con el tronco y los cuatro remos, con exclusión de la cabeza; son gente que hace con los pies lo que otros con la extremidad cefálica, y aun hay que reconocer que cuando escriben no lo hacen, como otros, con dichos órganos terminales.

Los ejercicios clownianos encierran, aparte de esto, honda filosofía, como han demostrado muchos graves autores. Se ha visto que había muchos más clowns fuera de los circos que dentro; el ejem-

plo de Moris y Teodoro dándose de bofetones en la pista para abrazarse luego es una escena que se ve cada día, en la vida ordinaria. Los clowns de teatro ó de feria nos han familiarizado con tan edificante espectáculo.

Otra cosa muy de recomendar es el excelente ejemplo que dan los clowns de aplicar sus actividades á un fin útil y conveniente á la república. Adiestrar animales, imitar bien las voces de los distintos seres zoológicos, tocar cuatro acordeones á la vez, dar vueltas sobre una bola, etcétera, etc., son habilidades de mucho mayor mérito que pronunciar discursos, escribir libros de texto ó sacar instantáneas.

El clown es siempre modesto; parece como que envanezca mucho más la facultad de hacer llorar que la de hacer reír, y sin embargo, es mucho más difícil esto que lo otro, cuando se hace de propósito, pues no pocas veces se hace reír queriendo hacer llorar.

Ninguna satisfacción ha de ser, sin embargo, comparable á la de provocar las carcajadas de los niños, jueces imparciales y hasta severos en materia de risa; no todas las payasadas resultan, y las hay contraproducentes.

Por fin, diremos que el clown responde hoy á una importante función social, pues nunca se ha sentido tanto la precisión de reírse algo como en los actuales tristísimos tiempos, en que falta lo que jamás faltó en los peores siglos: la esperanza de mejores días.

En pleno reinado de la fuerza, en pleno desencadenamiento de las más bajas y rastreras pasiones, disuelto todo, sin vínculos del corazón los hombres, la risa huiría de los labios y la alegría de los corazones si no los provocaran forzosamente los clowns, nuevos bienhechores de la humanidad.

Desgraciadamente para ellos se les hace una competencia desastrosa y, sin contrata de empresario ni circo en que lucir las habilidades, pululan los clowns inconscientes, que con sus payasadas, distraces y estrafalarías lucubraciones hacen reír á mandíbula batiente. Lo que hay es que estos últimos suelen también hacer llorar á lo mejor.

JULIO L. CARRION





La naturaleza se mostró demasiado pródiga con D. Aniceto y le dotó de unas narices de mucho mayor tamaño que las que suele usar el vulgo de los mortales. Eran aquellas demasiadas narices, excesivamente grandes, inmensas, más propias para un perchero que para un rostro; eran las narices más grandes conocidas, las más salientes, las más notables, las más visibles y las de mayor circulación, ya que al mover su dueño la cabeza recorrerían siempre más espacio que ningunas otras.

Las ventanas de aquellas narices no eran ojivales precisamente; eran de contrucción *sui generis*, más que ventanas, balcones, por su magnitud. En aquellas nasales fosas cupieran, sin estrecharse mucho, todos los fenecidos en una gran batalla, los de ambos bandos; dos fosas, en fin, que eran dos necrópolis.

En su primera infancia lactó D. Aniceto del propio modo que otros muchísimos infantes, y el ama encargada de abastecerle con su jugo, cuando aplicaba la boca del mamón a uno de sus pechos le retiraba cuidadosa la espléndida nariz para que descansara sobre el otro.

En una ocasión Aniceto fué con su padre á ver cierta colección zoológica. Olfisquearle el elefante y gruñir y bailar una danza india, todo fué uno. Después se acercó á él, alargó la trompa, llevóselo á la boca... y le dió á su modo un ósculo. Le había confundido con un nietecillo que dejó en su tierra. El profesor de primeras letras habló así un día con la madre del narigudo:

—Ruego á usted, señora, que Aniceto no vuelva á mi escuela.

—¿Por qué, D. Senén? ¿Es torpe? ¿Es desaplicado?

—Nada de eso. Es que con él no hay orden en la clase. Sus condiscipulos le enfurecen con sus burlas. El se vuelve rápidamente contra ellos y, basta la fecha con ese movimiento súbito, ya ha estropeado seis niñas y una grande.

—¿Pero ácuéda á la escuela sexo femenino?

—No es eso, D.^a Bruna. Las seis niñas pertenecen á otros tantos ojos de mis discípulos y la grande á este mío. Mírelo usted, parece un tomate; está irridadísimo contra el chico.

—Pónganse ustedes anteojos.

—No está mal ideado. Pero, ¡ay! hay más. Cuando su hijo de usted escribe, aproxima demasiado las narices al papel, y destroza papel y falsillas.

—Que escriba sobre pergamino.

—Es que hay más todavía. El gato, en cuanto ve al niño, comprende que le sobra en las narices la carne que á él le falta para nutrirse, y se ensoberbece. Yo mismo, señora, lo confieso con rubor, yo que estoy tan famélico como mi gato, tengo á veces tentaciones antropofágicas.

—¡Jesús! ¡Qué horror!

Y Aniceto dejó de ir á la escuela y recibió lecciones en su domicilio, de otro profesor, que le hacía colocar las narices en un atril. Creció Aniceto, y se hizo hombre, y sus narices, se hicieron monumentales. Era cosa de temblar cuando á él se le hinchaban las narices y no dejaba á nadie con tres cuartas de ellas porque no podía, que muy á gusto se habría desprendido de tal cantidad y aun le hubiese quedado un trozo. Nuestro hombre no tenía tan solo narices, como es de suponer; tenía también, aunque no tan desarrollado como ellas, corazón, y éste era asquie-



ble a los encantos de cierta dama, por cuanto el dueño de ambas cosas se hizo presentar á ella en la tertulia de las de Veludillo. Y una noche todos los de la susodicha tertulia quedaron admirados cuando Aniceto hizo su entrada triunfal en la sala.



—Eso es un hombre á una nariz pegado,—dijo un poeta imitador.
—Camarad, yo las he visto media hora antes que á él,—agregó un andaluz.

—Ya pesarán tres kilos, sin meter un dedo en el peso,—un tendero.

—¿Se las quitará para bailar?—una joven inocente.

—Buen regalo le han hecho á ése los Reyes,—un niño.

—No serán todas de él. Ese es un capital acumulado,—un banquero.

—En mi casa les pondría ración aparte,—un fondista.

—Yo haría para ellas una funda por treinta pesetas, ni un céntimo menos,—un paraguista.

—Si su capital está en relación con ellas, transigiría,—una joven casadera.

Y así razonaban todos, por este estilo. La dama por quien Aniceto asistía á aquel lugar, la bella sí que también burlona Semproniana, estuvo con él cruel. Le rechazó su amor y sus narices y murmuró que antes morir que emparentar con ellas. Señoras y

caballeros de narices romas, aguiluelas, griegas, pringosas, etc., que de todo había en aquella reunión, hicieron á Aniceto el blanco de sus bromas en sucesivas veladas. Pero poco á poco fueron todos acostumbrándose á aquel hombre y á aquellas narices. Más tarde hasta los más chatos se familiarizaron con ellas, que á todo nos hacemos los mortales. Aniceto, pues, por su bondadoso carácter, por su afabilidad, llegó á ser el niño mimado de la tertulia. Ya nadie veía con extrañeza sus narices. ¿Qué más? Hasta la burlona Semproniana llegó á encontrarlas muy de su gusto, y se dejaba querer por Aniceto y suspiraba por él y hasta pensaba otorgarle el sí apetecido. Cuando él, siempre tímido con ella, le decía:

—Está usted encantadora, divina. Quiero decirselo á usted siete u ocho veces más, ¿Deseará usted que retire las narizotas?—y contestaba ella con acento casi apasionado.



—No, Aniceto, al contrario. Póngalas usted sobre mi abanico, y no las llame así, vaya; no consiento que se las ponga motes. Si son unas naricillas preciosas.

[Naricillas! Una noche la joven estuvo muy esquiva con él. Aniceto no comprendió tan brusco cambio, y en vano se acercaba á ella, puesto que ella huía fugaz, dirigiéndole despreciativas miradas. D.^a Sinforiana, la madre de su amada, se acercó á él y le dijo, entre iracunda y conmovida:

—Ruego á usted, caballero, que no vuelva á poner los ojos en mi Semproniana. Es una joven casta y por nada del mundo faltará á los deberes que va á imponerse.

—¿Va á ingresar, quizás, en un convento?

—Viceversa.

—No comprendo. ¡Ah, ya! El convento va á ingresar en ella. Vaya, que no lo entiendo.

—Pues entiéndalo usted. Va á matrimoniar dentro de pocos días.

—¡Cielos! ¡No puede ser! ¿Contra quién? ¿Con quién se casa ese ídolo mío? ¡Quiero matarle!

—Pues con *El hombre nasal*. Se han visto y se han prendado mutuamente.

Aniceto creyó perecer. *El hombre nasal* era un fenómeno no que se exponía en una barraca, anunciándose como *el hombre de más narices del mundo*. Fué á verle para retarle. Pero le vió y se alejó llorando.

El hombre nasal tenía las narices mucho mayores que las suyas. Aniceto estaba vencido.

Y hagan ustedes la moraleja.

JULIO VÍCTOR TOMEY





LA DANZA DE LA MARIPOSA

Ayuntamiento de Madrid

LA LAVANDERA

(TIPOS POPULARES)

No debe desdesharse, ni por pienso, el oficio de lavandera, ni el de planchadora.

Si el filósofo Kant hubiera puesto atentamente los ojos de su inteligencia en las lavanderas, hoy tendríamos una admirable *Metafísica de las costumbres*.

Ninguna profesión, en efecto, hay como la indicada que nos lleve con más tino y seguridad al estudio hondo de lo que efectúa cada ser humano. La lavandera sabe secretos no revelados ni aun en la confesión. Ya indica esto que la lavandera debe ser mujer de confianza, de discreción, de abnegación si se aprieta mucho, quien, sin pararse en observaciones, zambulle su curiosidad, con la prenda que ha de purificarse, debajo del agua. La ropa sucia es el libro en que se escriben nuestras debilidades. Tan clara verdad no reclama ejemplos. Cualquiera comprende perfectamente que, estando en íntimo contacto con la piel, es así como una segunda piel, de que nos reviste la sociedad.

Entre una y otra envoltura, la carnal y la de tela, trázase la línea divisoria que separa el *yo* del *no yo*; lo cual no deja de ser altamente filosófico, de singular transcendencia.

Todo esto, y más que se calla, es la ropa sucia. Como que cada lienzo que la compone es un ejemplar donde se imprime, á veces con caracteres de sangre, nuestro cuerpo.

¡Cuántas deformidades no oculta! ¡Cuántas bocas de llagas no cierra! ¡Qué de repugnancias no comprime, mostrando sólo la belleza de lo feo!

Si como es muda, tuviera lengua, y hablara, y se subiera á una tribuna, y con voz deregonero recitara á todos lo que ha aprendido, ciertamente que el orden social se alteraría.

Muchos amantes, cuya mirada pasa con puntería alta sobre las cosas, no suspirarían tanto por las perfecciones y pulcritudes de la ideal amada. Nuestra previsión, sin embargo, ha sido excesiva con la ropa sucia; aun temiendo que diga algo, se la esconde en el rincón más olvidado de un cuarto oscuro, retoreida, ahogada, aplastada en montón indescifrable.

Audaz, después de todo, es el empeño de la lavandera. Ella se propone, ¡y lo consigue! quitar las manchas de nuestras miserables flaquezas.

Bien es verdad que cuando el trapo impuro se resiste al fregoteo, restregamiento y ondear del puño, un ingrediente corrosivo se encarga de ponerlo como nuevo.

Ella se lleva al río la porquería y nos la devuelve hecha un sol. ¡Si pudiera hacer lo mismo con la virtud! Hasta ahora, esta clase de mujeres, viejas por lo regular, de tez ennegrecida, de pulpejos ásperos y encallecidos, de atavío grosero, oliendo siempre á jabón, no han encontrado medio de acrisolarla, una vez amalgamada con el vicio, á pesar de cierta semejanza del exterior de ellas con el de las brujas y *tías fingidas*.

Podrán lavar y hasta zurcir un calcetín, pero no una conciencia tiznada y deshecha.

Su profesión es profesión de humildad. No es posible dar una idea de lo que llegaríamos á ser si no hubiera lavanderas.

Recuérdese cuanto consigue en el mundo una pechera nitidamente almidonada. Ella es reflector de la gloria ministerial y del placer amoroso. Pues bien, si el triunfo del pulimento de esta coraza de holandesa es recogido por la planchadora, sus primeros laureles nacen á los pies de la lavandera.

Pero, ésta es humilde; encorbada constantemente sobre su obra, gana su pan arrodillada, delante de la escoria semanal de cada individuo.

EMILIO RIVAS





EL ARTE MODERNO

LA TEMPESTAD

Nien ha sabido el pintor reproducir el efecto del mar, en medio de deshecha borrasca, con las olas furiosamente enresepadas, negro el cielo, bramador el viento, juguete de la ciega violencia de los elementos las débiles embarcaciones. Una tempestad en tierra es imponente, pavorosa, pero no tiene punto de comparación con una tempestad en el mar, como de ello pueden dar razón los que las han presenciado. Las olas se elevan verticalmente, formando un tajo, tan alto á veces como el palo mayor, y la impresión es que aquella horrosa mole vá á caer sobre el barco, pero no es así, sino que al cabo de un momento el barco se halla en lo alto de otra ola semejante, y la montaña se convierte en abismo, para volver luego á quedar hundida y así por espacio de mortales horas.

El trance es tan tremendo que se reconoce la necesidad imperiosa de las creencias en la intervención sobrenatural para librarse de la inminente perdición; todo lo que se ve en torno es amenazador, inexorable, feroz. Los horizontes están cerrados; el cielo aparece como negro sudario tendido sobre las olas; el mar semeja un monstruo enfurecido, animado por destructora rabia; parece como que jamás deba volver á verse el sol; los rostros, teñidos por la livida luz que logra traspasar las espesas nubes y alterados por el terror parecen semblantes de difuntos. Todo cruje, silba, tiembla, oscila y se commueve; la máquina jadeante, resuella como un ci-clope que se arrastra derribado por la cólera de los titanes; rayos y truenos, ráfagas huracanadas y cataratas de lluvia acompañan el estruendo de las olas.

Nunca como entonces infunden admiración la inteligencia y el fuerte ánimo del hombre. El timonel no suelta la mano de la rueda; el marinero trepa á las vergas ó se abraza á las entenas para asegurar las velas; el capitán da órdenes, infunde valor á todos y al verme impávido, erguido, altanero, sereno en medio de la desencadenada tormenta parece como que se transfigura, convertido en singular adversario de la formidable conjunción de enemigos que asaltan el débil leño; duelo inmensamente desigual entre cuatro tablas y millares de millones de fuerzas destructoras: el mar, el viento, los escollos, el rayo, la inundación.

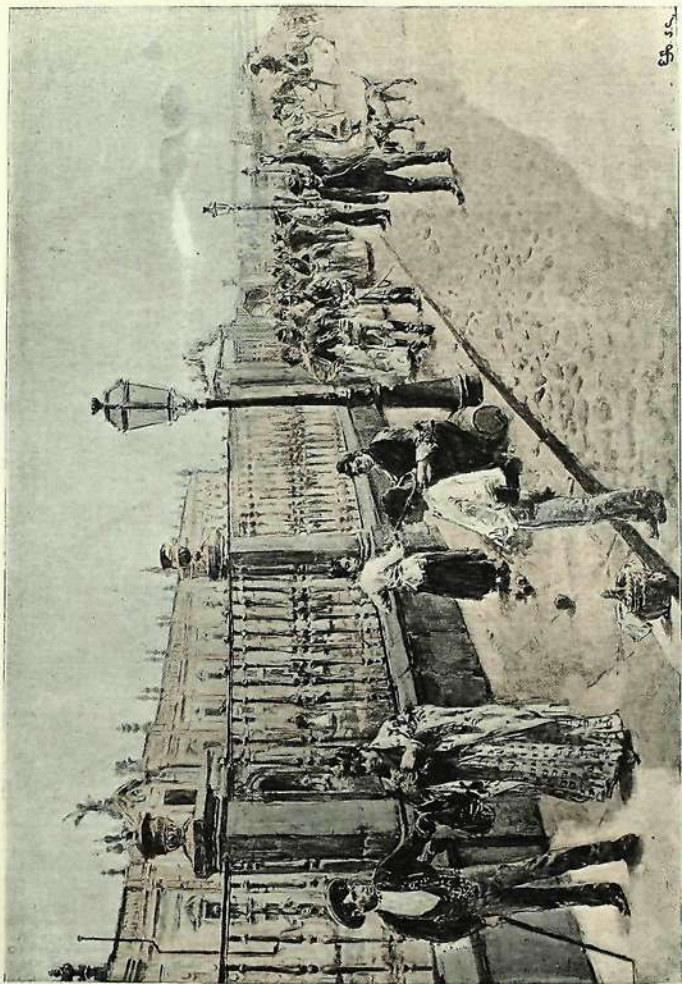
Quien después de saber por experiencia lo que es una tempestad, vuelve á arrostrarla, tiene por esto solo bien ganado el título de héroe, y sin embargo, la mayoría no se dan cuenta de tal cosa. El pobre pescador del Cantábrico que ha visto perecer á los suyos en la galerna, la afronta de nuevo, como si la familiaridad con la muerte le hiciera perder todo recelo. Nada más admirable que esa clase de valor, frío, premeditado, sin estímulo ni perentorio deber, encaminado en suma á que podamos comer sardina ó bacalao, tomar té ó vestimos de algodón.

Pero ya lo dijo el poeta venusino, hablando de lo mismo:

Nihil mortalibus arduum est.

En los apacibles días de la ancianidad gusta el marinero de referir los peligros que corriera en su juventud y está seguro de que sus nietecillos habrán de escucharle embelesados; pero de tal manera es el corazón del hombre que la trágica narración en vez de apartarle de la vida del mar no hace más que acrecer sus ansias por lanzarse cuanto antes af tempestuoso Océano, teatro de las proezas de sus mayores.

RICARDO BELLVER Y TUERO



SEVILLA: SALIDA DE LAS CIGARRERAS DE LA FABRICA



¡El Prado! Insustituible salón, durante las noches estivales, de tantos madrileños, que sintiéndose *high life* por naturalistas, carecen por gracia y por desgracia de salones propios. ¡El Prado! Paseo con tradiciones, con historia, citado en crónicas, celebrado en loas, inmortalizado en salnetes y tragedias... ¡Oh, López! ¡Oh, Tirso! ¡Oh, Calderón! Como en vuestros tiempos continuaban holiéndose damas y galanes, pero ¡gemid! al chambergo sieso ha reemplazado el *peña* estilo seta; al jubón de raso, la americana de alpaca; a la tizona, el roton; al clásico discreto, el flirteo franco-chulo... Vuestros degenerados descendientes no se atreven a lucir la pantorrilla ¡por qué la tienen flaca! Y basta de lamentos erudito-retrospectivos. ¿Quién gime teniendo tanto que cantar?

El salón es hermoso. De un lado los jardines; del otro el Banco con su bola de oro por chimenea. Cuando le da la luna parece un palacio de azúcar, de encaje, de espuma, de cualquier materia vaporosa y romántica. Está pidiendo a gritos la serenata, la *vechela*... y hasta el *encalo*; pero corren rumores de que la niña de la casa (dése caja fuerte), está bien defendida, y aunque muchos aspiramos por ella, preferimos esperar la lotería o cualquier otro medio *licito* de hacer fortuna. Los farolillos blancos corren en afrosas guirnal-

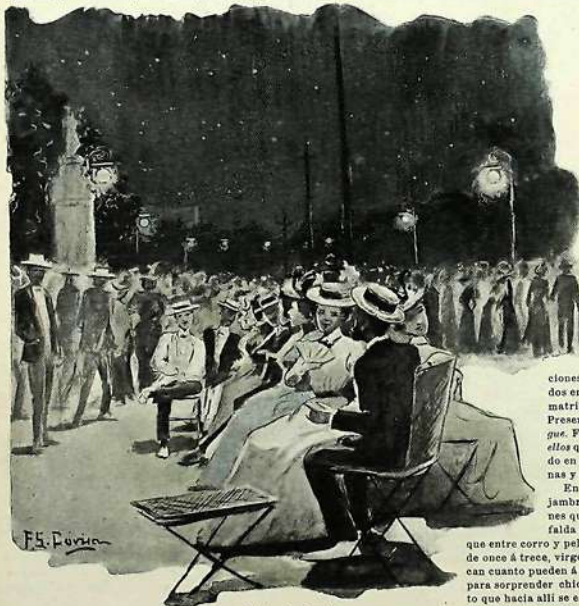
das y colgantes. ¿Por qué no llamarles flores de luz?

En el centro Apolo, lira en mano, canta bajito y de punta a punta. Obelos y Neptuno se miran de reojo, sonriendo con ironía olímpica a la multitud que se agita junto a sus aguas. El dios del Océano parece puesto allí de propósito para enviar tal cual sutil remendo de brisa marina a los infelices condenados a *veranear tierra adentro*.

La cristalería de los puestos de agua forma batería pacífica a los lados del paseo. La *aguarda* circula entre las mesas, afrontando serena y sonriente el fuego granado de pipros, varios en color, que como bengalas de castillo de pólvora convergen hacia ella, inofensivos y lucientes, de todas direcciones. Ocupan las sillas enamorados en todos los tiempos. Pasados: matrimonios *afros* que bostezan. Presentes: novios que hacen *merengue*. Futuros: ellas que esperan y ellos que se hacen esperar cambiando en el estrechamiento miradas asesinas y suspiros incendiarios.

En el centro, el consabido *enjambre* de chiquillos. Los chiquillos que vienen a dormirse sobre la falda de la mamá; los *mayorcitos* que entre *corro* y pelota juegan el amar; las *nenas* de once a trece, *virgencillas* curiosas, que se acercan cuanto pueden a los *terribles* del *aguardocho* para sorprender *chicuelos*, *adivinando* por instinto que hacia allí se esconde algo de la tan codiciada fruta del paraíso.

G. MARTÍNEZ SIERRA



(Dibujos de Covisa)



¡A TI SOLITA!

Gloria de mis amores, luz de mis ojos:
para endulzar la suerte de mi destino
y convertir en flores sus mil abrojos,
te pusieron los cielos en mi camino.

Beldad en cuyos ojos cautivadores
puso el Eterno toda la poesía
que ostentan los celajes encantadores
del cielo esplendoroso de Andalucía.

A ti te pertenecen mis afecciones;
para mí tus amores son tan risueños,
que ferviente los colmo de bendiciones,
porque tú eres el ángel de mis ensueños.

Inspiran tus encantos el alma mía
entrañables afectos, santas ideas,
por las que invoco lleno de idolatría:
¡gloria de mis amores, bendita seas!

En tí se halla cautiva y aprisionada
esta alma, por lo virgen, digna de un niño,
y únicamente puede ser libertada
con el dulce rescate de tu cariño.

Soy siempre, cuando gozo de tu presencia,
objeto de adorables arrobamientos
que el corazón no olvida, porque en tu ausencia
de hinojos te veneran mis pensamientos.

Por tí siento ambiciones; por tí suspiro;
por tí y para tí sola la dicha anhelo;
por tí adoro la vida; por tí respiro
y por tí mis plegarias dirijo al cielo.

Y al dejar este mundo, donde extasiado
vivo para quererte con alma entera,
confesando lo mucho que te he adorado,
pronunciaré tu nombre cuando me muera.

EUSTAQUIO CABEZON



EL VIAJE DE LOS REYES

Terminó felizmente la excursión marítima realizada por S.S. M.M. y al parecer, según manifiesta un corresponsal, ha sentado perfectamente á las angustias personas, pues, siempre al decir del referido po-

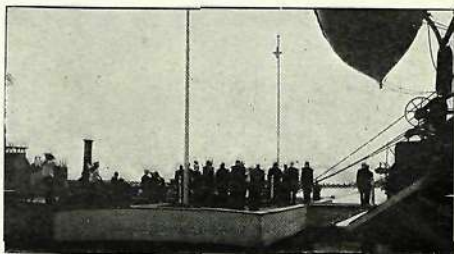


LLEGADA DE LOS REYES Á EL FERROL

riodista, S. M. la Reina Regente ha aumentado tres kilos de peso y si bien S. M. el Rey no ha ganado en dicho concepto en cambio ha crecido dos centímetros. Por lo que hace al Sr. Silvela parece que ha

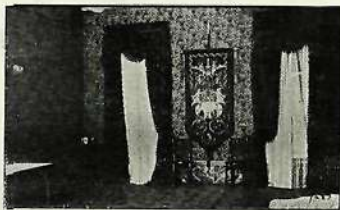


† D. ADOLFO RODRIGO



EL FERROL: DESEMBARQUE DE LOS REYES EN EL ARSENAL

engordado mucho. Al objeto de saludar á los Reyes pasaron al Ferrol el crucero ruso que estuvo aquí no ha mucho, el crucero portugués *Don Carlos*, el acorazado francés *Dupuy de Lome* (no nuestro eximio diplomático, sino un ingeniero naval de la vecina república) y unos barcos ingleses, pudiendo ser testigos aquellos bizarros marinos del entusiasmo calurosísimo



ESTANDARTE DE LA CÁMARA DE COMERCIO DE EL FERROL

con que fueron vitoreados SS. MM. en aquella importante plaza. No menos calurosa fué la ovación de que fueron objeto en Vigo. En Villagarcía y Santander puede decirse que el entusiasmo rayó en frenesí, de igual manera que al desembarcar SS. MM. en San Sebastián. El recibimiento en Villagarcía, en particular, excedió á toda ponderación. Según manifestaciones del dignísimo presidente del Consejo y ministro de Ma-



EL FERROL: ARCO LEVANTADO POR EL AYUNTAMIENTO

rina a los periodistas, que fueron a visitarle a su llegada a Madrid «la excursión ha sido un verdadero éxito, del cual está satisfechísima S. M. la Reina. Todos los partidos políticos, las gentes de toda condición social, apresuráronse a ofrecer sus home-



VILLAGARCIA: ESPERANDO AL «GIRALDA».

que no estuvo indispuesto ni un solo instante, ha aprendido mucho en esta excursión. Todos los días, por no decir todas las horas, practicó ejercicios propios de la gente de mar, y llevó más lejos su natural inclinación al estudio. Con los oficia-



EL «GIRALDA» SALUDADO POR LAS BARCAS



ASPECTO DEL MUELLE AL PASO DE LA COMITIVA REAL

najes y los testimonios de sus simpatías a las angustas personas. En todas partes fueron éstas aclamadas con muy raro entusiasmo y agasajadas a porfía. Ni una nota discordante, ni un disgusto, ni nada en suma, que significase otra cosa que muy decidida é incondicional adhesión a la Monarquía y a la Real Familia.

«Su Majestad el Rey,



CRUCERO PORTUGUÉS «DON CARLOS»

les del *Giralda* y de otros buques de la marina de guerra, ampliaba y completaba su instrucción examinando las cartas geográficas (¿querrá decir hidrográficas?) y señalando rumbos y derrotas. En este viaje, por todos conceptos utilísimo para el Rey, ha demostrado D. Alfonso XIII un talento nada común.»

JUAN A. BERNAL



CUARTO MILITAR DE LOS REYES



LLEGADA DE LOS REYES AL AYUNTAMIENTO

Ayuntamiento de Madrid

ANTONIO MARTINS



Es, indudablemente, el primer maestro de armas portugués; varias veces ha tenido el honor de cruzar su hierro en los más renombrados asaltos de ese género de *sport*, en España y Francia.

Publicando hoy su retrato, no hacemos más que tributar un sencillo homenaje a tan distinguida personalidad. Además de esto, Antonio Martins es profundo conocedor de casi todos los géneros de *sport*, habiendo escrito el *Manual de Esgrima* adoptado por el ejército portugués. Es también profesor del Real Gimnasio Club Portugués, la institución más importante en su clase, en Portugal.

A. P.

BUENA IDEA

Según vemos, ha sido reimpresa en no recordamos que ciudad de Galicia la incomparable tragi-comedia de *La Celestina*, y desde luego hay que felicitar al que ha tenido tan feliz pensamiento, pues se trata de una obra que debiera ser conocida de todos cuantos están prendados de la lengua castellana, raras veces tan dulce, encantadora y pura como en la obra maestra de que hablamos, debida única y exclusivamente, según ha puesto en claro la crítica, al bachiller Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalbán.

CAVILACIONES

Los que llaman *Carlos VII* a don Carlos de Borbón y Este cómo llamarán a D. Jaime, el día que éste por abdicación ó muerte de su padre, herede sus pretensiones? Porque si en Castilla no ha habido ningún Jaime, en Aragón ha habido dos, y en Mallorca, tres.

PEPITORIA

Solución del problema núm. 24

- 1 D A H S. AC4 A D 5.
2 C F 6 A G 4, Jaque. CF2 A G 4, Toma C.
3 D A H S toma peón, y Jaque-mate.

Por lo demás, reconocemos francamente que no es cosa que nos traiga con cuidado.

LATINAJOS

Para ponderar la riqueza y flexibilidad del *idioma del Lacio*, tan desdichadamente desconocido hoy por nuestros bachilleres, por culpa de las gramáticas y la enseñanza, tan malas como caras, citaremos la armoniosa palabra *subdactylisuperlitteriptor*, que significa, todo en una pieza, crítico de arrugado entrecejo, y pertenece a la clase de los *sesquipedia verba*, tan del gusto de nuestros elocuentes oradores.

¡Ya puedo calzar potim!
exclamaba un portugués,
pues me ha curado los pies
el doctor LADIVONSIM.

DATOS

En España, por más que parezca lo contrario, se publican muy pocos periódicos, relativamente, pues *foca* uno por cada 20,000 habitantes; en otras naciones la proporción es de un periódico por cada 3,000 personas. En ganadería vamos también a la cola, siendo así que no hay mejor graduador para calcular la riqueza de una nación que el tanto por ciento de ganados por hectárea.

CONSEJOS

HUMANITARIOS Y CIENTÍFICOS

El amor es más agradable que la amistad. Suele contentarse con menos. Y si pide, ya no es amor.

La ventaja del amor sobre la amistad, estriba en que él no puede pedir sin desacreditarse; mientras que la amistad, sin menoscabo de su pureza, tiene el derecho de petición. De lo cual resulta que una amante, al pedirte dinero una sola vez, deja de serlo; y un amigo, te lo pide mil veces y siempre queda en la airosa postura: en la postura conveniente para repetir el sablazo.

Todo lo que he dicho acerca de la amistad y del amor, tiene por objeto demostrarte el valor de esta regla: cuando una amante y un amigo te

pidan dinero, responde que vuelvan mañana. Y nunca fíjes otro día para hacer el préstamo.

CHARADA

Bonita *prima* y *tercera* tiene Consuelo en la barba; pero también tiene *todo*, que no me consuela nada. *Segunda* y *prima* es el nombre abreviado de una dama. La *primera* es una letra, y... me parece que basta.

JEROGLÍFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

d los pasatiempos del número anterior
Tarjeta.—La fierecilla domada.
Charada.—Catarro.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cascabel.—Cádiz.—Los epigramas están al pelo, por lo cual los publicaremos pronto.
J. S.—Bilbao.—La Charada está absolutamente redida con la métrica; la corregiré, sin embargo, y verá si consigo hacerla publicable.
Siebeta.—Se ha abusado mucho de esa firma que nunca promete nada bueno, quizás en fuerza del consiguiente.

P. de la C.—Valdolid.—Se nota en usted una facilidad deplorable, para verificar y una dificultad lamentabilísima para decir algo. Las seis cuartillas podrían reducirse a media sin gran perjuicio para su futura gloria.
M. F.—Cartagena.—Quemo pendientes de publicación siete kilos y pico de *Cantares*, *Baratero*.—No se comprende el pseudónimo; debiera ser *plagiador de Larra*, que fué quien dijo todo lo que usted repite.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. INSERTES O NO, SE DENTRAN SIN GASTO ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS, PLAZA DE TATUAN, 20.—BARCELONA

ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

• IRIS •

DIRECCION Y REDACCION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 22 SEPTIEMBRE 1900

NUM. 72

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la curación radical de una dolencia que tanto molesta y aflige á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inocuo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

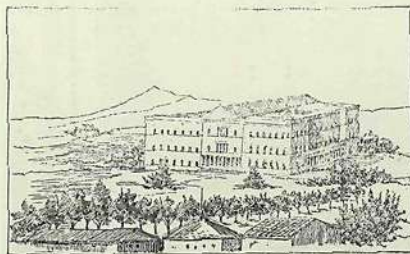
DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

DIRECCION POSTAL: VIDAL SIMON

Calle Fomento.—BARCELONA (Clot)



OBRA^S ILUSTRADA^S Y DE GRAN LUJO • RAMON MOLINAS, EDITOR



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR

D. JUAN LUCEÑA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que une al deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino.

(En tomo en tela.)

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid